

Capitulación Mora (Vicente Mojica Benito)

Cesan los arcabuzazos. Ha finalizado la batalla. Se oyen trompetas de paz, clarines de silencio, redoble de tambores que sugieran el duelo por los muertos. Cuando se logre el mayor silencio, descenderá el portón del castillo, haciendo que se oigan trágicamente las cadenas.

Seis añafileros, donceles castellanos, avanzan en pares hasta situarse frente al castillo. Puestos en línea, se vuelven cara al público y evolucionan sus brazos con los añafles en movimientos rítmicos, hasta ponerlos en sus labios y tocar a una el anuncio de la Reina y su séquito.

Se dividen en dos mitades, abriendo paso al cortejo real, de manera que frente al público queden visibles, pero escalonadamente en cuanto a distancia.

El séquito del Embajador y de la Reina Cristiana avanza, hasta quedarse tras ellos, frente a la explanada del castillo.

Desde el interior de la fortaleza se hace visible el Embajador Moro, que avanza, derrotado y hundido, hacia la puerta. Se detiene en el umbral. Toca las piedras, las acaricia, mira con ternura y con desolación a la fortaleza y se dirige a ella cuando empieza a declamar:

Embajador Moro.-

¡El palomar que más quiero
desarbolado y vencido!..
¡Qué extraña herida me ha herido,
que me ha matado y no muero!

¡Qué crueldad la del acero
que me sumergió en la pena!
¡Qué alucinante colmena
se ha ensañado con mi suerte,
que, robándome la muerte,
a la vida me condena!

(Pausa breve)

(Señalando a sus huestes)
¿A donde iré con los míos?,
palomas desanidadas
como velas derribadas
de derrotados navíos.

¿Qué harán sin cauce mis ríos
de enamoradas riberas?
¿A qué ignoradas praderas
llevaré estas aguas mías?
¿Hasta qué oscuras bahías
de mares sin primaveras?

(Pausa breve)

(De rodillas, mirando a lo alto)
Alá, ¿por qué has consentido
que, cuando éramos felices,
me arrancaran las raíces
del surco en el que han nacido?

(Golpea el suelo exasperado)

Este solar siempre ha sido
altar de nuestros amores,
un altar lleno de flores
como no hay otro en la tierra,

(Señala el pendón cristiano, levantándose lentamente)

¡y hoy esta cruz nos destierra
y nos niega sus favores!

¿Para qué hemos de vivir
si se nos roba el aliento?
¡Dejadnos ser como el viento
que quisiera aquí morir!
Oh, que alegría sentir
de esta tierra el dulce peso,
¡que nos salvara su beso
de la impiedad de partir!

¿Por qué ha de ser que una guerra,
o una batalla perdida,
con sus leyes nos impida
ser tierra de nuestra tierra?

(Se dirige al Embajador Cristiano)

Me comprenderéis, señor,
-porque os digo lo que siento-
¡cuánto me humilla y lamento
mi vasallaje de amor!

(Se alando a la tierra)

Sangre hay de mi sangre aquí,
¡toda mi sangre enterrada!
que la que llevo no es nada
y hoy se avergüenza de mí.

Por eso siento que van
a mi pena encadenados:
todos mis antepasados
llorando en su tumba están.

(A la Reina Cristiana)

Majestad, no he de negar
que os doy lo que más quería.
o disimulo mi hombría,
¡que un hombre puede llorar!

(Se arrodilla y recoge las llaves de un cojín, ofrecidas por un paje. Se las da a la Reina.
Se lleva la mano de la Reina a su frente)

Tomad las llaves que os doy
del Castillo y de Alicante;
sabed que desde este instante
apenas mi sombra soy...

Que al rendiros mi ciudad,
a la fortaleza unida,
os dejo mi alma partida
entre una y otra mitad.

(Se levanta con dignidad)

Mi corazón ha perdido
un claro jardín de sol;
tan luminoso crisol
ni tiene igual ni lo ha habido.

Templo del amanecer,
(Mirando a la fortaleza y a la ciudad)
fanal de luz marinera,
que alumbró mi vida entera
y nunca volveré a ver.

Luz de la luz. Cielo y mar
como valvas de mi perla.
Si no he volver a verla,
¡cuánto la voy a añorar!

(A la Reina Cristiana)
Solo tuve un corazón
y con mi amor se lo dí;
en prenda lo dejo aquí
en voluntaria prisión.

Si la utilizáis de trono,
os ruego que le digáis
que, vencido, me tiráis,
pero que no la abandono.

Embajador Cristiano.-

Acaso vuestra razón
sea hermana de la mía,
¡la misma razón que un día
desarraigó a mi nación!

Embajador Moro.-

¡Son cinco siglos de amor
en primorosas labores!...

Embajador Cristiano.-

¡Cinco siglos de rencores
alimentando el dolor!...

Embajador Moro.-

Quisimos ser generosos
llenos de noble intención...

Embajador Cristiano.-

No puede una imposición
perseguir fines hermosos.

Aunque pudiera olvidar
lo que mi pueblo ha sufrido,
renunciaría al olvido,
incapaz de perdonar.

Soy de una raza gloriosa
que ante nadie se doblega,
y al enemigo que llega
combate y valiente acosa.

Vuestra presencia me encona
y algo en mi pecho me hostiga:
me exige una voz: ¡castiga!
y otra me dice: ¡perdona!

Y yo no sé en realidad
a qué impulso obedecer.
Idos, que no os quiero ver:
¡os brindo la libertad!

El Embajador Moro, con la frente baja, abatido, pasa delante del Cristiano alejándose. Cuando se distancia unos pasos, se vuelve, girando solo medio cuerpo, para responder con amargura:

Embajador Moro:

¡De qué me puede servir
la libertad que me dais,
si a la vez me despojáis
de la razón de vivir!

Sigue alejándose, y tras de él, sus huestes.

Embajador Cristiano.-

Se derrumbó el poderío
del Imperio mahometano.
¡Alicante es ya cristiano!
(Se iza la bandera cristiana en el Castillo)
¡Gloria a Dios y al pueblo mío!